



Antonio Carnicero la inv. y dibujo.

Joaquín Sabregat la grabó.

... las señales de volverse á
 ... que les movia
 ... respondió, que
 ... las mismas que habia
 ... del desafio hechas por
 ... y preguntóle paso, si sabia
 ... alguna burla que querian
 ... que si sabia quien era, ni si era
 ... tuvo perplejo al visorey en si
 ... no pudiéndose persuadir á que
 ... caballeros: si aquí no hay otro
 ... Don Quijote está en sus trece, y vuesa
 ... á la mano de Dios, y dénse!”
 ... discretas razones, al visorey la
 ... encomendándose
 ... de costumbre al comenzar
 ... otro poco mas del campo, porque
 ... trompeta ni otro instrumento
 ... á un mismo punto
 ... de la Blanca Luna, llegó á
 ... tan poderosa
 ... proposito, que dió
 ... luego sobre
 ... caballero,
 ... Don Quijote,
 ... una tumba,
 ... hermosa mujer
 ... no es bien que mi
 ... la vida,
 ... dijo el de la Blanca
 ... de la señora Dulcinea
 ... se retire á su lugar,
 ... como
 ... cumpliria
 ... volvió las riendas el
 ... á medio galope
 ... Don Antonio que fue tras él, y que
 ... descubriéronle el



Antonio de Torres y Aguiar
 Antonio de Torres y Aguiar

lo necesario. Viendo, pues, el visorey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movia á hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió, que era precedencia de hermosura; y en breves razones le dijo las mismas que habia dicho á Don Quijote, con la acetacion de las condiciones del desafio hechas por entrambas partes. Llegóse el visorey á Don Antonio, y preguntóle paso, si sabia quién era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querian hacer á Don Quijote. Don Antonio le respondió, que ni sabia quién era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafio. Esta respuesta tuvo perplejo al visorey en si les dejaria ó no pasar adelante en la batalla; pero, no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó, diciendo: "Señores caballeros: si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor Don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, ¡á la mano de Dios, y dénse!" Agradeció el de la Blanca Luna, con corteses y discretas razones, al visorey la licencia que se les daba, y Don Quijote hizo lo mismo; el cual, encomendándose al cielo de todo corazon, y á su Dulcinea, como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian, tornó á tomar otro poco mas del campo, porque vió que su contrario hacia lo mismo, y, sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus caballos; y, como era mas ligero el de la Blanca Luna, llegó á Don Quijote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó, al parecer, de propósito, que dió con Rocinante y con Don Quijote por el suelo una peligrosa caída. Fué luego sobre él, y, poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo: "¡Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesais las condiciones de nuestro desafio!" Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: "Dulcinea del Toboso es la mas hermosa mujer del mundo, y yo el mas desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra.—Eso no haré yo, por cierto, dijo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran Don Quijote se retire á su lugar, un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla." Todo esto oyeron el visorey y Don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que Don Quijote respondió que, como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demás cumpliria como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesion, volvió las riendas el de la Blanca Luna, y, haciendo mesura con la cabeza al visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el visorey á Don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quién era. Levantaron á Don Quijote; descubriéronle el